



# DONNA LEON

**Dad y se os dará**

Bienaventurados los que tienen sed de justicia,  
porque quedarán saciados

Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Donna Leon

## Dad y se os dará

Traducción del inglés por  
Pilar de la Peña Minguell

---

Título original: *Give Unto Others*

© 2022 by Donna Leon and Diogenes Verlag AG Zurich

All rights reserved

© por la traducción, Pilar de la Peña Minguell, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: junio de 2022

ISBN: 978-84-322-4085-0

Depósito legal: B. 8.965-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

## 1

Aunque Brunetti había tirado *Il Gazzettino* a la papelera antes de salir de la *questura*, se llevó consigo a casa el tema de uno de los artículos principales. Cuando se instalaba en el sofá con el *In Verrem* de Cicerón y su denuncia de un funcionario corrupto, sus pensamientos a menudo divergían hacia la cascada de dinero desatada por la pandemia que, hasta hacía poco, había hecho estragos en el país.

Ni siquiera la muerte de ciento veinticinco mil personas había puesto fin a la avaricia (claro que Brunetti no había pensado ni por un segundo que fuera a hacerlo), ni tampoco había disminuido la capacidad del crimen organizado de meter el hocico en aquel abrevadero prácticamente desguarnecido. Había llovido el dinero e innumerables empresas habían solicitado compensaciones económicas a organismos cuya labor consistía en conceder las dádivas de una Europa aterrada. Lo habían estremecido algunos de los nombres que había leído, tanto en los organismos gubernamentales que supervisaban el desembolso de fondos como entre los directores de algunas de las empresas que los recibían. No cabía duda de que, con el

---

tiempo, a sus compañeros de la Guardia di Finanza y a él mismo les resultarían más familiares aquellos nombres.

Se había rescatado a muchas empresas, se habían concedido muchos préstamos, y Brunetti sabía que se haría mucho bien y se salvaría a muchos que se enfrentaban a la ruina. Sin embargo, estaba convencido de que buena parte de ese dinero se evaporaría en cuanto se adjudicara, del mismo modo que estaba seguro de que se estaban creando a toda prisa muchas empresas sin otro objeto que el de quebrar y que las rescataran.

Brunetti no entendía mucho de economía, pero siempre estaba alerta a las formas que encontraba la gente para engañar y robar, y estaba convencido de que la devastación financiera provocada por el virus favorecería precisamente ese tipo de delitos. Estaba familiarizado con las técnicas de los carteristas y los atracadores, que primero generaban una perturbación que angustiara y distrajera a sus víctimas, y luego las atacaban en su momento de mayor vulnerabilidad para llevarse lo que querían. Aunque esa otra perturbación la había generado la naturaleza, los delincuentes empresariales no habían tardado en ver una forma de aprovecharse de la conmoción y la confusión de sus víctimas.

*Il Gazzettino* había informado de que, en esos momentos, los inmuebles comerciales cambiaban de manos con frecuencia. Eso podría haber parecido un signo alentador en un mundo de posibilidades de negocio destrozadas, quizá incluso prueba de la renovación de la economía local, de no ser por los informes recurrentes de la prensa nacional sobre los actuales problemas de liquidez de las diversas mafias: no sabían qué hacer con todo el dinero que estaba entrando a raudales y necesitaban blanquearlo y volver a introducirlo en el sistema bancario. ¿Por qué

---

no con un inmueble comercial de primera en Venecia? Con toda seguridad, se restablecerían los viejos patrones, volverían los turistas y hasta emergerían de nuevo los cruceros, aunque Brunetti, que los veía como féretros flotantes, sabía que aquella no era la forma más correcta de verbalizarlo.

Se deshizo de aquellos pensamientos diciéndose que era demasiado pronto para entregarse a especulaciones tan sombrías. Siempre cabía la posibilidad de que aquel roce universal con la mortalidad tuviera un efecto positivo en la forma en que la humanidad contemplaba el mundo u ordenaba sus prioridades.

Un ruido en la entrada interrumpió sus pensamientos y, al levantar la vista, vio desaparecer a Chiara por el pasillo, camino de su cuarto y de su mundo hermético de redes sociales. Lo inundaron de pronto el amor y el temor que le inspiraban sus hijos, seguidos de una súbita esperanza en un buen futuro para ellos, a pesar del mundo tan perjudicado en que vivirían.

Descontento con su estado de ánimo, bajó al estudio de Paola y, al ver la puerta abierta, entró. Ella estaba sentada delante del ordenador, con las gafas por la mitad de la nariz y los ojos clavados en la pantalla.

—Me alegro de que ya estés en casa —le dijo sin levantar la vista.

—¿Por qué? —preguntó él, y se acercó a besarle la coronilla, ignorando lo que tuviera en pantalla.

Paola tecleó unas cuantas palabras más, se quitó las gafas y lo miró. Brunetti observó que tardaba un instante en enfocar a media distancia.

—Porque eres lo bastante fuerte para impedir que me suba a la barandilla de la terraza y me tire —contestó ella con la misma naturalidad con que uno da indicaciones de

---

cómo llegar a un sitio a alguien con quien se cruza por la calle.

Brunetti se acercó al sofá, se sentó, se descalzó y puso los pies en la mesa. En el escritorio, Paola no tenía papeles ni libros, solo una taza de café vacía con su platillo.

—Si esto es por algo de la universidad, puedo ir al dormitorio a por la pistola.

—¿Para mí?

—Ni hablar —contestó él—. Para la persona sobre la que estás escribiendo. O a la que estás escribiendo —añadió enseguida para abarcar todas las opciones antes de que a ella le diera tiempo a decir nada.

—Has acertado a la segunda —dijo Paola.

—¿De quién se trata?

—Del imbécil de Severin.

De primeras, el nombre no le sonó, pero entonces recordó una cena a la que había asistido, bajo amenaza de Paola, hacía unos cinco meses y en la que habían compartido mesa con su compañero del Departamento de Literatura Inglesa, Claudio Severin, y su esposa, bastante agradable, cuyo nombre no recordaba.

—Su mujer no trabaja en la universidad, ¿verdad? —preguntó Brunetti, que eso sí lo recordaba.

—No. Es abogada.

—Está bien que la gente tenga trabajos de verdad —observó, y le dedicó una amplia sonrisa a Paola, confiando en hacerla reír.

Pero no; ni siquiera sonrió, lo que significaba que el asunto era grave.

Iba a preguntarle qué había hecho Severin que tanto le molestaba, pero decidió no empezar así la conversación.

—¿Qué le estás diciendo?

---

—Que no estoy de acuerdo con su evaluación de uno de los doctorandos.

—¿Quién?

—Anna Maria Orlando. De Bari, creo. Guapa. Escribe muy bien.

¿Sería aquel uno de esos casos de prejuicios contra las mujeres del sur que cometían la osadía de ser inteligentes?

—¿Y...? —preguntó.

—Y Severin ha perdido la cabeza por ella. Ella se ha apuntado a todas sus clases y le ha pedido que sea su director de tesis. Y ahora él me dice que ha propuesto a la universidad que la nombren ayudante de investigación.

—¿Me tengo que poner de pie y llevarme las manos a la cabeza porque en la vida había oído cosa semejante? —preguntó Brunetti. Luego, pensando en los hombres mayores a los que había visto arruinar su vida por mujeres jóvenes, se le pasaron las ganas de tomarse a la ligera lo que había dicho Paola, cambió de registro y le preguntó—: ¿Y tu correo?

—Le estoy escribiendo de manera informal, no como miembro del comité que gestiona esos nombramientos, y le estoy diciendo que dudo que la *signorina* Orlando cumpla los requisitos establecidos por el departamento.

—¿Que son...? —inquirió Brunetti, meneando los dedos de los pies como muestra de interés.

—Rendimiento extraordinario en clase —empezó a contar Paola con el pulgar—, el respaldo y la aprobación de sus profesores anteriores —añadió levantando el índice— y al menos dos artículos publicados en revistas de gran consideración en el campo de especialización del alumno —remató levantando como un resorte el dedo corazón para señalar el último requisito.

—¿Y ese campo es...? —quiso saber Brunetti.

---

Paola titubeó un instante y respondió:

—La llamada «escuela del tenedor de plata».

Brunetti la miró desconcertado y confesó:

—No me acuerdo. —Después de una breve pausa que confió, en vano, que su mujer rellenaría, añadió—: ¿Qué es?

—Novela inglesa decimonónica repleta de interminables relatos sobre la forma correcta, o incorrecta, de conducirse en sociedad. —Al ver que él no decía nada, añadió—: Era muy popular.

—¿Tú has leído alguna de esas novelas? —preguntó él, que no estaba del todo seguro de a qué se había dedicado ella durante los años que había estudiado en Oxford.

—Una.

—¿Te acuerdas del título?

A Paola nunca se le olvidaba nada. Cerró los ojos y evocó el recuerdo. Volvió a abrirlos y contestó:

—*Contarini Fleming*.

Brunetti guardó silencio hasta que consiguió decir:

—Cuéntame.

—Es bastante complicado —contestó ella—. La madre del héroe muere durante el parto, él se cría en Escandinavia y se enamora de una mujer casada que lo rechaza. Desesperado, se va a Venecia, donde se encapricha de su prima, que no lo rechaza, pero luego muere también durante el parto. —Calló y miró al infinito, un gesto muy suyo que Brunetti llamaba la «cara de elucubración», la que ponía cuando formulaba una teoría. Entonces, como si planteara una pregunta retórica con la que iniciar un debate en clase, dijo—: ¿No es interesante que en la novela victoriana las mujeres siempre murieran durante el parto o de tuberculosis?

Reacio a contestar aquella pregunta, Brunetti contraatacó con otra:

---

—¿Y esa novela era popular?

—Sí. Mucho.

—¿Y el autor? ¿Qué fue de él? —preguntó convencido de que habría terminado mal por leer aquellos libros además de escribirlos.

—Llegó a ser primer ministro de Reino Unido —contestó ella.

Se hizo un silencio considerable al que Brunetti puso fin con una pregunta.

—Volviendo al asunto que nos ocupaba, ¿qué edad tiene la *signorina* Orlando? —Calculaba que Severin rondaría los sesenta.

—Veintiuno o veintidós, supongo.

—Ay, ay, ay, ay, ay... —murmuró Brunetti—. Veo problemas en el horizonte. —Luego añadió, procurando complacer a Paola con el uso de una de sus expresiones favoritas—: Lágrimas y noches en vela.

—Sospecho que noches en vela ya ha habido unas cuantas, cariño —dijo ella, e inclinó la cabeza sobre la pantalla.

En absoluto desalentado por su sarcasmo, Brunetti retomó el tema de conversación original y preguntó:

—¿Qué le vas a decir?

—Le voy a mandar una copia del expediente de la alumna y los comentarios de diversos profesores.

—¿Eso está permitido?

Lo miró de pronto, sobresaltada.

—Pues claro. Forma parte de la documentación oficial que acompaña a un alumno de un año para otro.

—¿Y los profesores escriben abiertamente lo que piensan de los alumnos? —preguntó él, cayendo de pronto en la cuenta de lo hermosa que era la idea de libertad académica. Ay, ojalá...

---

—Pues claro que no —respondió Paola y, deteniéndose bruscamente, apartó las manos del teclado—. A ver, lo escriben en clave, una clave que entienden todos.

—Ah —suspiró Brunetti, complacido de saber que los académicos eran igual que los policías cuando se les pedía que evaluaran a sus compañeros; lo escribían todo sin perder de vista las posibles repercusiones de un comentario negativo o de una crítica: «lleno de entusiasmo» en vez de «temerario», «admirado por su seriedad» en vez de «aburrido», «interesado en las opiniones de sus compañeros» en vez de «no tiene ni idea del código penal»... Sonrió y asintió con la cabeza, liberado ya de la ilusión de que en algún lugar existía una situación laboral en la que el rendimiento de las personas se valoraba de forma desapasionada y sincera. Dejó de menear los dedos de los pies y dijo—: Lo que no entiendo es por qué te molestas en escribirle.

—Ya te lo he contado, Guido: se portó bien conmigo cuando empecé a dar clases.

Se volvió a mirarlo, pero enseguida se giró hacia la pantalla otra vez, casi como si la avergonzara lo que acababa de decir. Brunetti, que lo recordó de pronto, se limitó a cabecear. Nunca había sido capaz de decidir si la infinita gratitud de Paola hacia alguien que se había portado bien con ella alguna vez era una virtud o una flaqueza. De hecho, tampoco recordaba por qué la consideraba una flaqueza.

—Entonces, ¿qué le vas a decir?

Ella contestó sin despegar los ojos de la pantalla.

—Que quizá convendría que echara un vistazo a los requisitos exactos para el puesto que la universidad ha publicado en internet y se preguntara si la *signorina* Orlando los cumple todos.

---

—Me parece lo bastante discreto —dijo Brunetti.

—Lo es —coincidió Paola, y añadió—: Hago hincapié en el requisito de contar con dos publicaciones en revistas bien consideradas.

Brunetti era un hombre valiente, un hombre curioso, y por eso preguntó:

—¿Qué publicaciones están bien consideradas?

Paola cerró los ojos para consultar con su memoria; luego los abrió y recitó:

—*Victorian Literature and Culture*, por ejemplo, o *Journal of Victorian Culture*... —Al ver que aquellos títulos no sorprendían a su marido, añadió—: Y muchas más, claro.

—Suenan a esas revistas que te intentan endosar por la calle personas pálidas y raras.

—Esto es Venecia, Guido —dijo ella, y se volvió de nuevo hacia el ordenador.

Sabiéndose derrotado, Brunetti se levantó y fue a la cocina a ver si encontraba algo de picoteo con lo que aguantar hasta la hora de la cena.